

## II

## CAPRICHOS

El señor Perrolet se puso su binóculo, un magnífico binóculo de oro, sobre la nariz y se escondió en un paseo lateral.

— ¡Tate! — pensó. — ¿Josselin el cajero? ¿Qué viene á buscar en este sitio? Vive en la calle de Vaneau. ¿Por qué toma el camino de los colegiales?

Andrés Josselin era, en efecto, cajero en la casa Bouret.

Joven de veintisiete á veintiocho años, vestía bien, tenía el pelo negro, abundante y rizado; de ojos negros, llenos de vida; con barba espesa, cuidada y rizada; cabeza distinguida, alto, robusto, como los habitantes de los Pirineos ó de los Alpes, enérgicamente desarrollado y de varoniles movimientos.

Josselin cuidaba mucho de su persona y del arreglo de la misma, y por su figura, así como algunos otros camaradas suyos, podía codearse con más de un hijo de brillante familia, sobresaliendo entre la multitud de los empleados del Bazar de San Germán, como un caballo de pura sangre en una feria de percherones.

Josselin era, como su patrón, hijo de campesinos, menos que labradores; su padre, cazador furtivo, vivía del merodeo y del contrabando.

Este pequeño salvaje había venido al mundo en una cabaña; tenía la sangre ardiente y la imaginación viva.

El cura de su pueblo, que le había tomado cariño, le enseñó las primeras letras y preliminares del latín, y le hizo entrar en el seminario de Ancey, donde continuó sus estudios.

Pero el mundo le atraía como el imán, y decidió no ordenarse.

Buscando una posición social, llamó á muchas puertas sin éxito.

Rechazado en todas partes, entró por fin, gracias á un amigo del dueño que le había recomendado con verdadero interés, en casa del señor Bouret.

Josselin sabía todo lo que se aprende en el seminario: el latín, el griego y lo demás; pero nada de lo que sirve para poder ganarse la vida, palabra triste, aunque expresiva.

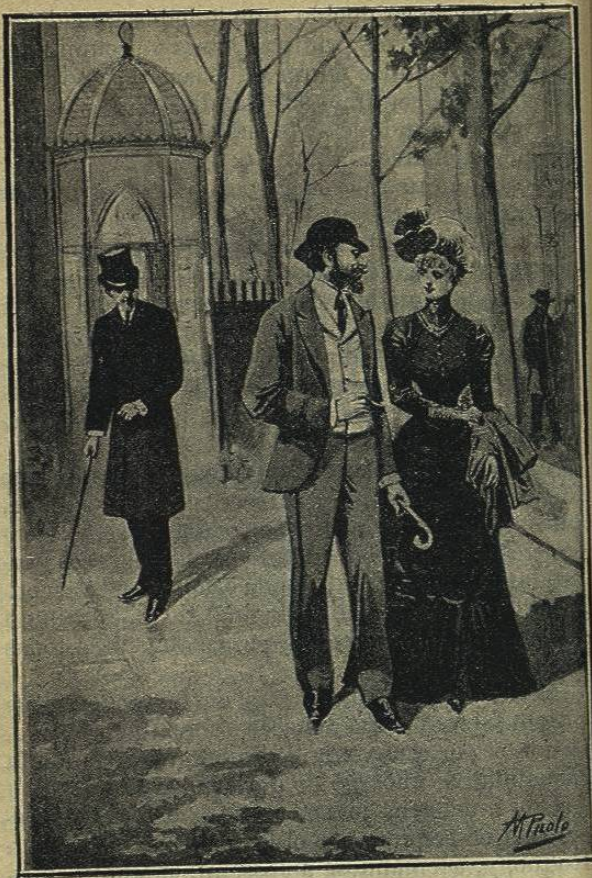
En pocos días, con la energía de montañés que le distinguía, se puso al corriente de su tarea, puesta la mira en aspiraciones más altas, y se encontró dichoso, bien tratado en aquella casa hospitalaria y grandiosa, donde estaba perfectamente alimentado y recibía al final de cada mes un sueldo que era suficiente para subvenir á todas sus necesidades.

M. Perrolet, oculto detrás de un pedestal, se preguntaba qué iría á hacer el cajero en las Tullerías, y por qué venía de aquel lado, cuando la casualidad se encargó de darle la respuesta.

Una muchacha joven, vestida de negro, apareció casi en seguida por el lado de la calle de San Roque, y, acercándose á Josselin, le tendió amistosamente la mano.

El señor Perrolet se tambaleó como si un rayo hubiese caído á sus pies.

La muchacha que se acababa de reunir con el



Vió al cajero y á su compañera dirigirse hacia el naranjal  
y ganar el malecón.

cajero era alta, esbelta. Llevaba en el brazo una especie de abrigo negro.

Un sombrero redondo de paja oscura, levantado en los lados, con una hermosa pluma gris por todo adorno, cubría su hermosa cabellera, de un rubio ceniciento, rizada sobre la frente.

Sus ojos azules, de franca mirada, reflejaban la pureza del cielo. Sus facciones tenían, en conjunto, un encanto grande.

Se hubiese dicho que era una duquesa, y no una señorita empleada en un comercio femenino.

Su blanco cutis, demasiado brillante quizás, lo que no deja de ser un gran atractivo, indicaba que padecía esa enfermedad que se llama anemia, y que no es más que falta del aire fortificante del campo ó los perfumes salinos del mar.

Su traje negro, de cachemir muy flexible, con algunos adornos de seda, daba á su grácil figura una elegancia suprema.

Llevaba guantes grises sin botones, y tenía en la mano una sombrilla enrollada, muy sencilla.

Los transeuntes se volvían para admirar su graciosa cabeza y su boca, que aspiraba á plenos pulmones los frescos perfumes del jardín, con esa energía de la juventud que no pide más que vivir y que sonríe á la primavera.

El señor Perrolet, clavado al pie de su escondite, vió al cajero y á su compañera dirigirse hacia el naranjal y ganar el malecón.

Largo rato les siguió con la vista.

Su frente se arrugó bajo el peso de una contrariedad violenta, y una luz sombría brilló en sus pupilas oscuras hundidas bajo el arco de sus cejas espesas y grises.

En cuanto los dos jóvenes desaparecieron, al

volver al puente Royal, se dirigió hacia el mismo punto, pues faltaba pocos minutos para las ocho.

En la avenida que conduce al malecón, el movimiento se iba haciendo grande.

Los ómnibus de Vaugirard pasaban llenos de empleados, que se dirigían al Bazar de San Germán, donde desembarcaban de los cuatro extremos de París.

El señor Perrolet caminaba con las manos atrás, según su costumbre, y con el paso tranquilo que correspondía á un personaje de su importancia.

A cada paso tenía la satisfacción de contestar á los saludos de los empleados que se le adelantaban.

A veces, algunos se atrevían á decirle con tono á la vez respetuoso y familiar:

—Buenos días, señor Perrolet.

Generalmente, sonreía y contestaba con un amistoso movimiento de cabeza á estas amabilidades, pero aquel día iba completamente preocupado. Lo que acababa de ver le atormentaba, le exasperaba, y los que le saludaron perdieron el tiempo.

Al pasar bajo el reloj neumático, al lado del pabellón de Flora, vió á Josselin y á la muchacha, que, parados sobre el puente, cambiaban un íntimo apretón de manos y se separaban de prisa dirigiéndose hacia la calle del Bac.

Al mismo tiempo un señor viejo, calvo, adornado con una barba espesa ligeramente rizada y completamente gris, de ojos claros, y vistiendo de un modo irreprochable, abordó al señor Perrolet y con su voz de carraca le dijo:

—Cómo, ¿es usted, señor Perrolet?

—Yo soy, señor Labievre—dijo el paseante, á quien arrancaban de ese modo á sus reflexiones.

—¿Toma usted un poco el fresco antes de ir á encajonarse en la tienda? ¡Buena idea! Excelente precaución. Á propósito, ¿ha visto usted la escena?

—¿Cuál, señor Labievre?

El inspector del bazar le miró con asombro, pero Perrolet tuvo tiempo de reponerse.

—¡Ah! Creía—contestó...—Había supuesto que estaba usted mirando aquella interesante pareja que coqueteaba ahí, en la avenida. ¡Dos enamorados! ¡Se casan muchos de la casa desde hace algún tiempo! Es natural; el trato engendra cariño entre los muchachos de la confección de ropa blanca y de los trajes. He ahí las modas que se mezclan; debe usted de saber algo: Germana, nuestra Benjamina, el mimo de la casa, querrá imitar á las demás; ¿no opina usted que ésas son cosas de chicos y propias de la edad? En la primavera esas ideas revolotean en el aire con los perfumes de las rosas.

Perrolet hubiese arrojado al inspector al Sena con su alegría intempestiva, que le crispaba los nervios; tenía ganas de mandarle al diablo, pero no se atrevió.

—¿Es Germana aquella señorita que va por allí, señor Labievre?

—Sí, por cierto; es Germana en persona. ¿Se le debilita la vista, señor Perrolet?

—Lo temo.

—¡Es posible! ¡desgraciadamente, es posible!; hay muchas causas, señor Perrolet. Primeramente el polvo, el eterno polvo, el espantoso polvo,

nuestro enemigo, que se posa en todas partes, que no respeta nada; esas señoritas se quejan mucho de ello; las alfombras lo conservan; habría que sacudirlas más á menudo.

—¿Á las señoritas, señor Labievre?—dijo maquinalmente Perrolet distraído.

—¡Agradable broma, señor Perrolet! No; á las alfombras; además el gas; el gas es desastroso para los ojos. Hace falta, lo sé muy bien, los negocios lo imponen, pero es muy cansado para la vista; debería usted descansar, señor Perrolet. Es ya tiempo de que disfrute usted de su posición; tiene usted buenos subordinados. La presencia del jefe es precisa, convengo en ello; pero el gran La Fontaine lo ha dicho, y no era un tonto: ¡no se tiene otra cosa tan estimable como la salud! Hay que cuidarla. No podemos sustituirla.

Los dos amigos seguían la calle del Bac, uno al lado del otro.

—¿Está usted seguro de que era Germana la que pasó por allí, señor Labievre?—preguntó Perrolet.

—Segurísimo, amigo mío.

—Me pareció también que la reconocía. ¿Y con quién hablaba, pues había alguien con ella, no es cierto?

—Sí, con el señor Josselin, ¿recuerda usted?, ¡ese joven alto, medio italiano, nuestro cajero en las secciones de encajes y vestidos, que está en la casa hace ya seis ó siete años! ¡Cómo pasa el tiempo! Un bachiller; muy instruído, un poco violento en ciertos momentos. Guapo muchacho, sobre todo para las que les gustan los morenos. Excelente empleado. Nunca se retrasa, y muestra talento cuando es menester.

—Un fénix entonces—dijo Perrolet, molesto por estas alabanzas.—¿Antes hablaba usted de una boda?

—Sí, hace la corte á nuestra Germana. ¡Ha embrujado á todo el mundo esa jovencita! Por algo la han puesto el sobrenombre de *Capricho*. Todas las señoras quieren dirigirse á esa hechicera; pero me parece que, á su vez, va á dejarse fascinar por ese saboyano; ésa es la voz que corre por la tienda; la niña es un buen partido; una segunda con buen sueldo, mucha bondad, y entendida en la venta; no pierde su tiempo el cajero.

El inspector hizo oír un chasquido con la lengua, acompañado de una mueca de admiración grandísima por las cualidades físicas y morales de Germana; efectivamente, la segunda encargada de la sección de modas era un gran partido.

—Me gustaría más otro marido para ella—dijo Perrolet con tono áspero.—Un cajero es poco, y no tiene porvenir entre nosotros.

Los dos hombres habían atravesado el boulevard San Germán. Llegaban á la tienda. Veían reflejar el sol, que iba calentando cada vez más, sobre las marquesinas de la calle de Sèvres, con sus dorados, y la puerta monumental, por donde entraban legiones de empleados, decorada por Perrey con esculturas grandiosas.

En los ángulos del edificio se elevaban cuatro cúpulas con sus adornos de plomo labrado, y por todas partes, sobre las fachadas, se leían los nombres de las ciudades manufactureras de Francia y de Europa: Amiens, Lille, Roubaix, Lyon, Sedan, Rouen, Cholet, Bilbao, Barcelona, etc.

Estatuas, cuernos de la abundancia, bajos relieve alegóricos, mosaicos, decoraban las pare-

dés, donde se abrían ventanas espaciosas, y por donde entraba un torrente de luz hasta los últimos rincones del interior.

—Vamos, señor Perrolet—dijo el inspector;— se siente uno orgulloso con pertenecer á una casa de esta categoría y de haber contribuído con su grano de arena á su creación. El señor Bouret debe estar contento de su obra. No á todo el mundo le está permitido ir á Corinto, como diría el bachiller amigo de Germana, que es un letrado. Todavía le está menos permitido á nadie el construir un bazar con arreglo á este modelo. La pequeña *Sirena* ha crecido y seducido á mucha gente. ¡Y cuando pienso en que es usted uno de los lugartenientes y amigo del jefe, que es usted rico como un Creso y que no tendrá hijos á quienes dejar lo que ha ganado!... ¿Sabe usted lo que pienso que debía hacer?

—No.

—Casarse.

—¿Qué dice usted!

—Una cosa razonable.

—¿Dónde está la mujer que querría una ruina como yo, señor Labievre?

—¿Dónde? Aquí, á dos pasos. Todas estas señoritas, y además todas las jóvenes del mundo. Se habla mucho de millones, pero no andan tan fácilmente por las calles, señor Perrolet.

—¿Con mi pelo gris?

—Parece que está empolvado: ¡antes la moda era ponerse polvos! Si la moda vuelve, no se lo tendrá que empolvar; eso es todo.

—Tengo cuarenta y siete años, y parece que tengo sesenta.

—Exagera usted. Y, además, eso es honroso. Eso demuestra que la actividad, el trabajo, le han envejecido un poco, consiguiendo la debida recompensa. Posee usted una buena fortuna. Tiene usted que disfrutar de su capital y hacerlo disfrutar á una mujercita gentil.

—¡Vamos!

—Germana, por ejemplo.

—¿Pero no se va á casar?

—Eso es un rumor; pero no hay nada decidido. Además, del plato á la boca... ¡señor Perrolet!...

Los dos amigos estaban ya debajo de la marquesina del almacén.

En la acera, un hombre de estatura muy elevada, de cara imponente, grave como un senador romano, y envuelto en su ancha levita como en una toga, se apoyaba en un pilar de la puerta, examinando, sin hacer un gesto, el personal, que desfilaba por delante de él.

Cuando vió á su paisano, se sonrió y le dió la mano.

—Buenos días, Perrolet—le dijo.

Y tornó de nuevo á la misma actitud, impasible y taciturno, como un general encargado de velar por el estado del ejército que manda.

Era Vicente Bouret.

Todavía faltaban algunos minutos para las ocho. Perrolet cogió al inspector por la manga.

—¿Decía usted que no hay nada decidido entre esa muchacha y Josselin?—preguntó.

—Sin duda. Lo primero es que ella se lo hubiera advertido á usted, puesto que le debe todo lo que es.

—Las mujeres son muy olvidadizas, mi buen amigo; uo se acuerdan del bien que se les ha he-

cho cuando están enamoradas; cierto que merecía que se ocupasen de ella, porque es muy inteligente y trabajadora; después de todo, nada tiene que agradecerme.

—Sí por cierto; bien lo sabe ella; tanto, que así me lo ha repetido varias veces. Le está muy agradecida. Gana ocho ó nueve mil francos por año; un sueldo muy bonito para una muchachita á quien le daban cincuenta francos al mes en casa de las señoritas Claudart por adornar sombreros; es una perla, se lo aseguro.

—No quiero casarme—dijo rápidamente Perrolet.—Yo ya no soy más que un viejo, y, por otra parte, estoy acostumbrado á vivir solo como un oso. Me conozco. Moriré como he vivido.

—Nadie puede decir de esta agua no beberé, y no desespero de ir á su boda. Si es usted feliz, esto agrada á nuestro amigo Vicente, que es el rey de los hombres, y á mí, que soy el más viejo inspector de la casa, y á todo el mundo.

—No verá usted esa fiesta, mi pobre Labievre—dijo Perrolet.—Soy tan salvaje como un lobo, y compadecería á la desgraciada que se condenase á vivir en compañía de un animal viejo como yo.—¡Caramba, es ya la hora!—dijo mirando su reloj.—Nos van á dar una mala nota como á simples aprendices.

Cambiaron un saludo afectuoso, y, siguiendo á la multitud que se precipitaba en los almacenes, entraron por la puerta principal, que era amplia y suntuosa como la de un palacio.

## III

## EN EL BAZAR DE SAN GERMÁN

DESDE la entrada del edificio se disfrutaba de un golpe de vista, único en el mundo.

Escaleras de una increíble ligereza iban desde la planta baja hasta lo más alto del edificio, lanzadas en el espacio con un atrevimiento sorprendente.

Sus mesetas interminables se alargaban en inmensas galerías, suspendidas como los jardines de Semíramis.

Tan lejos como podía alcanzar la vista, se veía sobre los mostradores, sobre las escaleras, sobre las columnas de las estanterías enormes cantidades de sedería, de telas de todas las procedencias; muebles raros, bronce, perfumería, cofres, jarrones de China ó del Japón, alfombras de Oriente, todo puesto aquí y allí en un premeditado pintoresco desorden, ó tirado con estudio sobre las barandillas artísticas, como los vemos en los tapices de los grandes maestros italianos Leonardo de Vinci ó el Ticiano.

Este bazar no parecía una tienda, sino un espacioso palacio, en donde todas las riquezas decorativas del universo se habían reunido para formar un cuadro digno de la coquetería femenina. Allí los colores se mezclaban armoniosamente en un prodigioso enredo, y, aparentando que debía ser difícil entenderse, reinaba el orden más perfecto.